

Borges: el tren que nunca volvió

La vieja estación ferroviaria se convirtió en epicentro de un barrio singular

Pocos saben que le decían la Perla de Olivos por su belleza, pero quien recorra la estación Borges y sus alrededores, donde se sitúan las pintorescas plazas Vicente López y González del Solar, descubrirá que el nombre no es exagerado. La propia estación ferroviaria, habilitada en 1891 e integrante del ramal del Ferrocarril Mitre clausurado en 1961, es un buen ejemplo de ello.

Su nombre evoca al coronel Francisco Borges (1833-1874), quien combatió en Montevideo, Caseros, Cepeda, Pavón, en la Guerra del Paraguay y en las luchas de frontera, y que murió en La Verde sirviendo a Mitre. El militar es uno de los antepasados de Jorge Luis Borges, quien le dedicó un soneto. Pero lo que el escritor ignoraba al crear esos versos es que la memoria de su aguerido antecesor viviría muchos años después en singular compañía: ahora, la estación es el domicilio de una familia de ferroviarios.

"Hace 18 años que vivo con mis padres en lo que fue la antigua casa del jefe de la estación. La fuimos remodelando y restaurando hasta que dejó de ser la Casa de Frankenstein, como la llamaban por su abandono los vecinos, para convertirse en la de Biancanieves", bromea Rosita Scada, integrante de la familia.

La vivienda de altos techos, que brilla por dentro y por fuera, tiene su entrada por Ricardo Gutiérrez, mientras que la ventana del dormitorio se abre sobre anefón y la del comedor sobre un breve trecho de Catamarca, donde la calle de tierra dio paso a un jardín.

"Siempre vienen escolares, estudiantes de arquitectura y de bellas artes a estudiar y dibujar la casa. Los vecinos nos felicitan por la forma en que la cuidamos y nos preguntan, ¡cómo si superáramos, si a volver a pasar el tren", comenta Rosita. También memora las numerosas visitas de artistas que pasan por el lugar, y la del escritor Hugo Guerrero Martinheiz, "quien nos envió por vivir aquí".

Coherente con lo pintoresco de la parada ferroviaria que conserva un solitario puente de hierro remachado y en una casa rodante sobre el andén que enfrenta a los Scala vive Hugo Pagnanelli, quien recorre el país con dos ponies, divirtiéndolo a los chicos. "Hace dos años que acampo cerca de la plaza Vicente López, por la que el Diablo y Pe-



Las vías muertas, hoy un paseo familiar

(Foto de Cayetano Galizia)

qui pasean a los chicos mientras yo les muestro los puntos de interés del lugar. Todo por un austral", dice Pagnanelli.

El hombre ofrece sus vueltas en Olivos durante el verano y "hasta que llegue el frío". Luego busca otros destinos, rumbo al Norte. Los que, en cambio, nunca abandonan la plaza son sus vecinos. En 1980, medio centenar de ellos se asociaron y la rescataron del abandono con ayuda municipal, hasta darle su actual aspecto: un triángulo que alberga la vieja torre de agua para las locomotoras de vapor y un monólito dedicado al poeta Fernán Félix de Amador, habitante de la zona.

Un lugar al sol

"La plaza convirtió a los vecinos en amigos, y además de mantenerla con el pago de una cuota mensual, todos la cuidamos como si fuera un poco nuestra", dice el coronel (REJ) Juan López, tesoro de la Asociación de Amigos de la Plaza González del Solar.

López cuenta que en verano el Dickens Pub vecino a su casa de la calle Alberdi dispensa mesas, sillas y sombrillas en el centro de la plaza, que entonces bulle de clientes. Pegado al pub, en el otrora edificio de la Sociedad Cosmopolita de Olivos, fundada en 1904, funciona el cine York (ex Select), que algunos señalan como el primero de Olivos.

Toda la zona aledaña a Borges, que parece extraída de una pintura naïf y donde se filmaron secuencias de películas y de programas televisivos, fue conocida a principios de siglo como la Perla de Olivos. Así lo testimonian dona Alicia J. de Handley, moradora de un gran chalet de la calle Catamarca, frente a la plaza, desde hace 58 años. "Este vecindario era considerado el más bonito del partido, por la estación, que era una joyita de limpia, y por las residencias de estilo inglés."

"En un banco de esta plaza daban charlas el profesor Chelto, rodeado de sus alumnos y admiradores", agrega.

Francisco Chelía fue director del célebre Colegio Internacional de Olivos. "Esta perla también incluía a la plaza Vicente López; había kermesses, procesiones religiosas y conciertos que convocaban a muchas familias".

Hoy, esta plaza -limitada por las calles Ricardo Gutiérrez, Salta, Hernán Wineberg (donante de los terrenos donde se asienta) y Juan B. Alberdi-, y que tiene el nombre y una estatua del creador del Himno Nacional, posee no pocos atractivos. Allí conviven, entre añejas palmeras, un retoño de olivo del Monte de los Olivos de Jerusalén, una casita, un ancla, la casita de duendes del cuidador y una gran jaula con un cardenal y dos jiqueros.

"Pero la plaza no se limita a cumplir una mera función pasiva", se entusiasma Alberto Expósito, subdirector de la Casa de la Cultura del partido, situada enfrente. "Todos los domingos, desde la 10 de la mañana funciona la feria artesanal municipal, y durante los fines de semana se ofrecen espectáculos artísticos y musicales y exposiciones plásticas."

También hay encuentros teatrales, literarios y hasta florales, pero nunca llaman tanto la atención como los grandes conciertos sinfónicos que cada tanto animan la iglesia Jesús en el Huerto de los Olivos: se trata de la primera parroquia de Olivos, inaugurada en 1897 -después remodelada- y situada sobre la calle Salta, al costado de la plaza.

"Es que la nave mayor de este bello edificio gótico que algunos llaman la iglesia verde porque está cubierta de hiedra) ofrece innumerables condiciones de acústica y capacidad -señala Expósito-. Allí actuó la Orquesta Sinfónica Nacional, con más de 200 ejecutantes y 1500 espectadores."

Muy cerca, bordeando los terrenos del ramal del Bajo, hoy ocupados por viveros, quintas o simplemente escombros y folaje, discurre la calle más menuda de Vicente López. Se llama María E. N. de Baglietto y es en realidad un estrecho pasillo peatonal con farolitos, que comunica a las calles Corrientes y Tucumán. Las singularidades fluyen a cada paso en esta zona en la que, misteriosamente, el tiempo y los trenes han hecho un desvío.